

no se preocupó más de su persona. Habría podido decir con Job: «Había formado pacto con mis ojos para no mirar ninguna vírgen.» Llegaba, sin embargo, la hora en que se fijaría en la mujer y oiría atentamente sus palabras. Tuvo que ausentarse el médico, y encargó á su hija que continuase la instruccion de Baruch.

Familiarizada con el mundo clásico, con inclinacion á las investigaciones de la ciencia, anhelaba ser Olimpia digna émula de su homónimo Olimpia Morata de Ferrara. Ni Tullia, la hija de Ciceron, contestaba las cartas que le dirigía su padre en latin más elegante que el usado por la hija del médico de Amsterdam. Baruch conservaba ante su nuevo maestro un aspecto reservado y frio, que molestaba á Olimpia. Paseaba ésta por la habitacion con aire pensativo al ver que su discípulo contestaba todas sus preguntas con cierto tono evasivo. Contemplaba Baruch su talle esbelto y su andar gracioso é imponente, y en vez de seguir con atencion las expediciones de Alejandro, procuraba leer en la fisonomía de Olimpia, cuya sintáxis, compuesta de mucha poesía y de una gran fuerza intelectual, le parecía tan difícil de descifrar como los intrincados períodos del texto de Quinto-Curcio.

A veces, y sin abandonar sus mutuas desconfianzas, hablaban de asuntos extraños á la traduccion, de las leyes que rigen la historia y el destino de los hombres. Poco á poco fueron cobrando ambos aficion á las lecciones y conversaciones. Así, mientras que Baruch esperaba con ansiedad que llegase el momento de la leccion, poniéndose en camino ántes de la hora, era frecuente ver á Olimpia que le espe-